

enseñanzas en el taller de AGUSTÍN HERNÁNDEZ

ALEJANDRO SÁNCHEZ ARAGÓN*

En el campo de las artes, nosotros como estudiantes de arquitectura debemos conocer las obras de los grandes hombres de todos los tiempos; he aprendido a lo largo de cuatro años de estudio, de satisfacciones, frustraciones, pero sobre todo de desencantos, que la arquitectura ciertamente es la madre de todas las artes.

Es común que conozcamos las obras de arquitectura solamente en fotografías o al observarlas desde su exterior, pero pocas veces nos adentramos en el inmenso espacio que envuelven los muros que componen estas obras y me refiero a éste, porque no sólo es el espacio físico sino también el espacio espiritual de quien las crea. Porque la arquitectura es una expresión del alma que da satisfacción a un universo de necesidades del hombre.

Así, encontramos obras de todo género, de diversas tipologías y variados estilos que se han desarrollado a lo largo de la historia, pero sólo algunas logran trascender y expresar el pensamiento del ser humano, pocas formas perduran en el tiempo y la memoria. Desde mi punto de vista, sólo un hombre ha logrado cambiar su piel, como la ancestral serpiente emplumada, y así transformar la epidermis y el alma de la arquitectura mexicana, sólo él ha demostrado que es posible llegar a la "praxis reiterativa" ¹ sin ningún esfuerzo, pero se requiere de gran sensibilidad, estudio e ingenio para trasladarse a la "praxis renovadora", sólo él, el maestro Agustín Hernández Navarro.

Basta mencionar su nombre para saber la grandeza que lo caracteriza entre los maestros de la arquitectura mexicana. Nombrarlo es suficiente para que en la mente aparezcan imágenes de belleza artística como el Ballet Folklórico de México, el Heroico Colegio Militar, o el maravilloso Taller de Arquitectura, este último, motivo principal de mi escrito.

En un Taller de Arquitectura, según la concepción del maestro Hernández, es imposible mantener los sentidos aislados de la acción que ejerce este taller. El espacio arquitectónico diseñado aquí está perfectamente colocado, todo responde a una razón de ser, aquí el tacto es halagado por las texturas de la piedra artificial que puede ser lisa como el viento y áspera como la tierra misma. La vista se invade por la formas geométricas puras, aquí es posible escucharlas; saborear el aire envuelto entre cilindros y taludes y enriquecer el olfato con el aroma de las ideas.

La aproximación al edificio no podría ser más favorable. Al llegar a sus puertas, inmediatamente se perciben las antiguas formas mexicanas transformadas a las necesidades actuales; podemos disfrutar del poste y el dintel, soporte de nuestra identidad: taludes que derraman la riqueza cultural de ayer y hoy; taludes invertidos reclaman el lugar que en la grandeza del universo corresponde a la cultura nacional. Encontramos transparencias que filtran la luz solar y reflejan el genio y el ingenio del gran ente, del gran hombre que aporta su arte mexicano a los caudales interminables del arte universal.



Agustín Hernández y Alejandro Sánchez Aragón.

En el exterior, el gran árbol demuestra solidez casi absoluta, al interior es toda claridad. En la parte superior, la luz cenital se derrama en verde jade que lleva al ser humano hacia un espacio de frescura que se absorbe en la mesa de trabajo de la cual se evaporan reflejos de conocimiento arquitectónico, cultural, poético y humano.

En este espacio, la noción del tiempo se pierde, transcurre la mañana en un ambiente de ansiedad por escuchar las palabras que fluyen de su boca y de su alma. Se crean ideas, que se transforman de fonemas al estado sólido de las construcciones artísticas. De pronto, el arquitecto Hernández aparece, desciende de su maravilloso espacio privado para contagiar a los jóvenes de su equipo, de vitalidad, alegría y porque no decirlo, a veces de mal humor. Su presencia inquieta la vida de todos y provoca las ganas de crear una arquitectura que continúe con su obra magistralmente lograda.

Es una inigualable experiencia conocer a uno de los grandes hombres de la historia y sobre todo comprender en que consiste su magnificencia, porque existe la grandeza material y la espiritual y ésta última es la que caracteriza a los hombres como él, porque el maestro Hernández porta en sus venas la sangre de la verdadera gloria humana: la humildad, virtud que nos ofrece al compartir con nosotros su espacio y conocimiento, porque en este lugar además de adquirir experiencia laboral recibimos clases de arquitectura y de humanismo. Es admirable su amabilidad, confianza, entereza y calidad humana. Agustín Hernández me ha enseñado con sus palabras y acciones el camino que se debe seguir en la vida: ser portador de alguna cualidad y ofrecerla a quienes puedan y quieran aprovecharla.

¹- Noelle, Mereles Louise. "Agustín Hernández, Arquitectura y Pensamiento". Edit. UNAM. México: 1988, p. 18.

*Alumno de la E.S.I.A Unidad Tecamachalco.